**ATHLETIC. Reflexiones camino a Bucarest.**

**Por: JON AZUA**

A pocas horas de una de las citas mas importantes de nuestro ATHLETIC en las últimas tres décadas, inmersos en un entusiasmo contagioso capaz de ocultar la crudeza de una crisis galopante, invadidos por la incertidumbre y desconfianza ante un futuro grisáceo, el éxito deportivo del equipo se ve superado por las muchas implicaciones que conlleva, más allá del fútbol y se convierte en el oxígeno vital que parecemos demandar como aficionados y como Sociedad.

Los resultados obtenidos a lo largo de la temporada y, sobre todo, el valor del proceso de transformación observable, han posibilitado la recuperación de una relación de simpatía entre Sociedad-equipo que trasciende del objeto inicial de un club deportivo. BILBAO-BIZKAIA-EUSKADI vibramos con la emoción de compartir una filosofía (difícil de concretar en toda su extensión real), una ideal política de valores con la que sentirnos identificados, una positiva y enriquecedora sensación de pertenencia a una Comunidad determinada, la ilusión de superar desafíos en principio inalcanzables, la convicción de saber que “lo pequeño es hermoso y posible”, que el esfuerzo y rigor en el largo plazo ofrece recompensa y que todo proyecto exige liderazgo, trabajo, generosidad, esfuerzo, perseverancia y colaboración de todos los implicados. Jugadores, directivos, entrenadores, afición, instituciones y Sociedad al servicio de un sueño determinado.

Hace unos pocos meses, el la pasada temporada liguera, durante uno de esos soporíferos y nefastos partidos que el ATHLETIC “jugaba” en casa, en medio de un adormilado silencio, oíamos la voz de un crío-aburrido y distraído como todos los que le rodeábamos- en tribuna principal: “Aita. ¿Alguna vez se ha jugado un partido europeo en este campo?, ¿Algún día jugaremos una final europea?”. Entre risas nerviosas y sorpresa, nos mirábamos expectantes ante la respuesta. El inocente comentario pesaba sobre nuestro orgullo y memoria de otros tiempos que parecía no volverían. Generaciones sin conocer un equipo ganador, desapego a un equipo que no parecía responder a la demanda de los tiempos, apoyo incondicional con escasa ilusión.

BUCAREST es otra historia. Veremos un equipo que, si bien estará formado por la práctica totalidad de jugadores que hace un año nos hacían dudar de nuestras convicciones y confianza en “nuestro proyecto y equipo”, hoy es totalmente distinto. Las sensaciones de ayer, (nos sentíamos condenados a una liga secundaria, incapaces de aspirar a retos competitivos de relevancia mundial, dudábamos de la posibilidad de mantener una filosofía “inviable en un mundo global dominado por los presupuestos y el marketing que sobrevalora lo individual y aparente”, necesitados de otros elementos de referencia capaces de atraer a una juventud e infancia que seguía a equipos galácticos nada asimilables a nuestro entorno y forma de ser colectiva) se han transformado (un equipo que genera entusiasmo y admiración, con un juego técnico a la vez que rápido, vertical y ofensivo, que despliega su personalidad y proyecto y se preocupa poco de lo que hagan los demás, convencido de sus propias fortalezas y capacidades) en un inminente campeón. Estos mismos jugadores hoy parecen estar convencidos de su valía individual a la vez que son conscientes que su esfuerzo colaborativo y solidario les hace ser mejores en lo personal y como grupo. Parecen saberse estrellas en la medida en que brille el conjunto, perciben el valor de su equipo no como un segundón sino como un doble semifinalista admirado por terceros. Saben que no es cuestión de hacer lo que uno quiere sino desempeñar el rol que te corresponde en un engranaje complejo que exige un liderazgo claro (desde el banquillo y en el campo). Entienden que la afición se identifica con ellos y quiere precisamente eso: pasión, compromiso, esfuerzo, generosidad colectiva, espíritu de superación y retos extraordinarios a la vez que alcanzables. La mano de un líder que ha transmitido ideas, credibilidad, confianza y ejemplo ha logrado reconducir un “estar” de aquellos que se limitaban a “jugar en el equipo” a un “ser ATHLETIC”. Gran diferencia y mejor enseñanza extrapolable a la vida.

Hoy, pase lo que pase en Bucarest (Es un decir. ¡Por supuesto que nuestra próxima cita pasa por Mónaco luciendo orgullosos la copa de la Europa League!), la ilusión generada y contagiada a lo largo del equipo-País, el compromiso apasionado en su profesión, la identificación y pertenencia asumiendo un rol referente para todos más allá del deporte, son distintos. Nuestros jugadores, por fin, han demostrado que los muchos años de Lezama y formación de cantera en el marco de una entidad con historia, si les han forjado, que no formaban parte de diferentes selecciones por casualidad y que no se limitaban a la complacencia de una aparente ausencia de competencia y presión internas. Comprobamos que el liderazgo (individual y compartido) es imprescindible, que las personas y los pueblos necesitamos soñar y hacer los sueños posibles a base de esfuerzo, trabajo, compromiso y pasión por lo que hacemos con un camino y horizonte determinados. Comprobaremos que el éxito es fruto de la convergencia y sintonía de todos y, que no se trata, tan solo, de un equipo de fútbol. Necesitamos generar y compartir ilusiones. En especial, hoy, las nuevas generaciones se sienten orgullosas de su equipo, lo hacen suyo y viven con él.

Bucarest es un hito más-pero relevante- en esta aleccionadora historia. La contagiosa locura de Bielsa, la audacia y entrega de los jugadores, la sorprendente y desbordante marea rojiblanca siguiendo al equipo por todas partes, la explosión de alegría y complicidad que harán de Bilbao una manifestación/concentración permanente durante todo el día, representan un símbolo vivo de esos intangibles que mueven el mundo. **ATHLETIC GEURIA.**